

El alma de la fábrica



A en otras ocasiones he narrado algunas de las proigiosas aventuras de Cornelio, de las que el azar me hizo ser testigo. Realmente, era aquél un tipo singular, y nadie podrá afirmar si fué un loco, un enfermo, o un ser dotado de ciertas facultades extraordinarias.

Lo siguiente ocurrió un sábado, hacia fines de Junio.

Caminábamos a buen paso por la avenida, hostigados por el frío; la calle, flanqueada por grandes edificios de fábricas, estaba solitaria y triste. Las pequeñas lamparillas eléctricas iluminaban de trecho en trecho la sombra más densa bajo los plátanos que orillan la calzada. Nuestros pasos resonaban en el silencio; no hablábamos, abstraídos en la marcha. La casa de Cornelio estaba situada al fondo de la calle, junto a la fábrica, entonces clausurada, donde le sorprendió la quiebra del sindicato, en su modesto empleo de tenedor de libros.

La gran masa del edificio en sombra, tenía ese aspecto de triste abandono de las casas cuyas puertas y ventanas no se abren hace ya mucho tiempo. Destrás de los muros, la soledad y el silencio deben pasear su fastidio, mientras la arañas hilan sus telas y el polvo impalpable afepla las paredes, los cristales y el pavimento.

Regresábamos, después de pasar la velada con un amigo común, hablando de ciencia psíquica. Todas esas extrañas cosas siempre me han crispado los nervios y me han puesto algo de miedo en el espíritu. Me hallaba, pues, en ese vago estado de trepidación nerviosa con que siempre se abandona una tertulia donde se ha hablado de espiritismo.

Cuando llegábamos a una cuadra escasa de la fábrica Cornelio se detuvo de pronto y, tendiendo la mano hacia el edificio en sombras, dijo con voz seca:

— Hay luz.

Miré, y ví las negras vantageas de la fábrica oscuras como ojos vacíos.

— No hay luz, — respondí maquinalmente.

— Sí, — dijo Cornelio con firmeza, — hay luz. Le miré asombrado de su acento breve, imperativo, é iba á contestarle, cuando mis ojos vieron una cosa extraordinaria. Primero fueron las ventanas del primer piso, luego las del segundo, en seguida las del tercero, más tarde toda la fábrica se iluminó como en sus buenos tiempos.

— ¡Hay fuego en la fábrica — exclamé sobresaltado.

— No es fuego, — respondí sencillamente Cornelio: — es luz.

Efectivamente, la fábrica estaba iluminada y á través de los vidrios de las ventanas se veían las lamparillas encendidas.

— Mira, — agregó Cornelio y me indicó la larga chimenea que se dibujaba como una línea sombría sobre el cielo encendido por los resplandores de la ciudad. Miré y ví, allá arriba, en el extremo de la chimenea, un penacho de humo constelado de chispas. En seguida, un rumor, que reconocí, porque me era familiar, llegó hasta nosotros. A través de los vidrios ví que las poleas se movían y que

todo aquel poderoso mecanismo, detenido ya hacia muchos meses, se ponía en movimiento.

— Es extraordinario, — dije desconcertado, por decir algo.

Nos dirigimos hacia la puerta de la fábrica, que Cornelio abrió sin esfuerzo, y penetramos en el vestíbulo iluminado y solitario. El rumor de la fábrica en marcha llegaba hasta nosotros.

— No hay nadie... — dije. Cornelio se adelantó como un sonámbulo hacia el cancel del departamento de las máquinas. Le seguí y penetramos en la vasta sala llena de luz. Estaba también desierta; los dos motores marchaban, y el movimiento rítmico de los vástagos producía un rumor sordo parecido á una queja.

Todas las máquinas funcionaban á la vez; las largas poleas que partían del eje central, trasmitían el movimiento rotatorio, y aquí y allá, arriba y abajo, los cuerpos de acero movían gravemente sus articulaciones produciendo ruidos sordos y entrecortados, golpes secos sobre el hierro ó vibraciones metálicas casi armónicas.

Recorrimos aquella fantástica fábrica, donde las máquinas se movían solas, sin hallar un ser viviente, y, cosa singular, las puertas cerradas cedían á nuestra presión. Cornelio parecía buscar algo; estaba inquieto y receloso y empujaba bruscamente las puertas alargando el cuello para ver. Me arrastré escaleras arriba y llegamos á la buhardilla: estaba á oscuras; empujé la puerta y me pareció sentir que algo se movía en la sombra.

— Aquí está, — dijo.

— ¿Quién? — pregunté.

— ¿Quién? Él. ¡Bah! tú no podrías comprender.

Bajamos la escalera, y abajo, más tranquilo, le volví á interrogar: ¿quien es él?

— Es él — dijo, — tú no puedes comprenderlo, es el espíritu de la fábrica, un ser que no es de este mundo y que, sin embargo, fué formado por todos nosotros. ¿Crees, tú, que cuatrocientos seres pueden trabajar y vivir durante veinte años en la misma casa, consagrar todas las fuerzas de sus espíritus á una obra, fundir todas sus aspiraciones, sus deseos, su vida misma, sin dejar bajo el techo común algo de todos y de cada cual? ¿Crees, tú, que esa gran alma colectiva que durante veinte años ha impulsado y regido este organismo de hierro, palpitando en todos sus movimientos, puede, en una hora, porque viene el juzgado con los sellos, desaparecer, desvanecerse, no estar más, volver á dispersarse en los cuatrocientos seres que le dieron vida? No; todo esto tiene un espíritu que permanece y que no muere, que en ciertas circunstancias puede volver á animar las cosas y actuar sobre ellas como en otro tiempo; por eso, mientras los que fueron mis compañeros duermen ó están lejos, las fuerzas sumadas de sus espíritus concentrados en este hogar común, son capaces de galvanizar y poner en movimiento la fábrica muerta.

Así salimos de la fábrica, mientras las luces se extinguían con el ruido y el edificio volvía á sepultarse en la noche y el silencio. Pero no podría asegurar si aquella noche penetré en la fábrica, ó si Cornelio me jugó una mala pasada, y me hizo ver y palpar todo aquello, desde la calle.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.